

# Nueva Antropología 33

REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES

## EL OCCIDENTE Y LO OTRO

JORGE BENAVIDES LEE, Occidente: variaciones sobre *lo mismo* \* ESTEBAN KROTZ, Viajeros y antropólogos: aspectos históricos y epistemológicos de la producción de conocimientos \* PABLO MONTERO, Roma y el Islam: los espejos múltiples \* HECTOR TEJERA GAONA, Resistencia étnica y expansión colonial en África \* MECHTHILD RUTSCH, Ellos son los verdaderos salvajes: dos siglos de expansión occidental en los "Mares del Sur" \* JOSE LUIS KRAFFT VERA, Las Amazonas en el bosque húmedo de las guacamayas  
\* RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

---

# Viajeros y antropólogos: aspectos históricos y epistemológicos de la producción de conocimientos

Esteban Krotz\*

---

*Es un error fatal, razonar durante la observación, aunque sea tan necesario antes de ella y tan útil después.*

Charles Darwin

*Algo, desde luego, es cierto: nada en tierras extrañas es exótico, sino el extranjero mismo.*

Ernst Bloch

## 1. INTRODUCCION

Viaje y antropología se encuentran inextricablemente vinculados, aunque el carácter de esta relación ha estado cambiando con el transcurso del tiempo. El objetivo de este ensayo consiste en aclarar algunos momentos centrales de esta relación para comprender mejor el inicio de la tradición científica de la

que forma parte la antropología actual y para proporcionar así también elementos significativos para la evaluación y las perspectivas de la producción de conocimientos antropológicos y científicos en países como México.<sup>1</sup>

\* Antropólogo. Hasta fines de 1987 miembro del personal académico del Departamento de Antropología de la UAM-Iztapalapa y de la Maestría en Antropología de la ENAH. Actualmente profesor-investigador titular de la Unidad de Ciencias Sociales del Centro de Investigaciones Regionales de la Universidad Autónoma de Yucatán en Mérida, Yuc.

<sup>1</sup> Este ensayo es resultado de un proyecto más amplio sobre origen y metateoría de las ciencias antropológicas. Varias de las ideas contenidas en él fueron presentadas en una ponencia preparada para el coloquio conmemorativo del décimo aniversario de la Universidad Autónoma Metropolitana, titulado "Cultura y universidad" (Ciudad de México, 26-30 de noviembre de 1984). Otras están vinculadas con un breve artículo publicado

En el apartado 2, se demuestra cómo durante el siglo XVIII la idea del viaje adquiere un significado en la civilización europea, que contrasta con la de épocas anteriores. Después se señala cómo esta idea y la realidad de los viajes se afianza y se diversifica durante todo el siglo XIX. El surgimiento de la antropología como disciplina científica durante el siglo pasado, que puede entenderse solamente como un momento de un proceso de evolución sociocultural mucho más amplio, se da en interrelación con estos cambios y en el contexto de ellos. Por esto, es interesante notar cómo, paradójicamente, la "cientificación" de la antropología se da en el marco de una separación bastante pronunciada entre quienes recogen los datos etnográficos y quienes los analizan; a esta cuestión se refiere el tercer apartado. En la última parte del ensayo se identifican, ante el trasfondo de lo hasta entonces expuesto, algunos elementos que contribuyen de manera importante a configurar una antropología producida "en un solo país".

hace varios años con el título "El caminar del antropólogo" (Krotz 1977), el ensayo "Utopía, asombro, alteridad" (Krotz 1987) y el escrito "Viajar y saber" (de próxima publicación).

<sup>2</sup> Los aspectos clave de esta discusión están contenidos en los textos reunidos por R. Xirau (1973) bajo el título *Idea y querrela de la Nueva España*. Para el papel particular de José Acosta véase

## 2. HACIA LA VALORACION SOCIAL DEL VIAJAR DURANTE EL SIGLO DE LAS LUCES

Espectaculares viajes marítimos marcan el tránsito de la Edad Media a la Edad Moderna: la llegada de Cristóbal Colón a las Antillas en 1492, el viaje de Vasco da Gama en 1498 por el Cabo de Buena Esperanza hacia la India y la primera circunavegación del mundo (1519-1522) bajo el mando de Fernando de Magallanes primero y Juan Sebastián Elcano después. Eran viajes que cambiaban dramática y drásticamente la idea del mundo, aunque se precisaban muchas discusiones y reflexiones todavía para entender su significado cabal —desde la comprobación práctica de que la tierra tiene la forma de un globo hasta la aceptación de la existencia de un (para Europa) *nuevo* continente y, viviendo en él, una nueva rama de la familia humana.<sup>2</sup> La recreación literaria de Alejo Carpentier ha evocado sugerentemente las expectativas, ansias e ilusiones que estos eventos provocaban en aquél en-

también A. Palerm (1974:248-259; 1980:36 y sigs.). Recuérdese aquí también el papel decisivo que confiere C. Levi-Strauss al llamado descubrimiento de América para los orígenes de la etnología (Levi-Strauss 1975). Véase para esto también el estudio de Todorov (1987).

tonces<sup>3</sup> y la introducción a la *Utopía* de Tomás Moro, cuyo relator es señalado como acompañante en tres viajes de Américo Vespucio (Moro 1973: 44-45), testimonia la misma fascinación.

Aún así, empero, para la mayor parte de la población europea seguía desarrollándose su vida en espacios bastante reducidos, cuyo conocimiento se transmitía de generación en generación. Es cierto que la cotidianeidad estaba marcada por constantes desplazamientos: la ida al campo de labor, la pesca en ríos, lagos y costas, la caza y la recolección en praderas y bosques; a todo ello se agregaban los traslados cíclicos relacionados con los mercados y las fiestas religiosas así como con actividades condicionadas por las estaciones tales como el pastoreo. Pero los límites de estos mundos eran estrechos y más allá de ellos —los adentros de los bosques, las crestas de las montañas, ríos y poblados apenas divisados— aguardaban la incertidumbre y el peligro, a los que sólo por motivos de mucho peso se enfrentaba la gente común; así, por ejemplo, cuando la devoción religiosa se cristalizaba en peregrinaciones o cuando las guerras no dejaban alternativas a reclutas forzados y a víctimas de todo tipo.

Por supuesto había también en estos tiempos y los siglos posteriores

gente —hombres casi siempre— para la que el viajar era parte integrante de su vida. Pero su número era relativamente reducido y, aunque estas personas eran buscadas como fuentes de información sobre otras partes del mundo, pocas eran vistas con confianza. Entre las más apreciadas estaban príncipes y determinados gobernantes, cuando se desplazaban para conocer a sus súbditos y para impartir justicia; comerciantes y, en menor medida y sólo durante una determinada etapa de su formación, los aprendices de oficios; los pertenecientes a estos dos últimos sectores cubrían a veces distancias enormes. En algunas regiones los pastores se desplazaban regularmente. También viajaban mensajeros, usualmente al servicio del poder político y militar, predicadores itinerantes y misioneros, ocasionalmente también enfermos y a veces algunos sabios en búsqueda de nuevas fuentes de conocimiento. Pero si ya muchos de los grupos mencionados tenían a veces una fama un tanto dudosa, ésto era definitivamente cierto para todos los demás: mendigos y vagabundos, cirqueros y otros artistas, gitanos, fugitivos de la ley, soldados y ex-soldados, marineros, recaudadores de impuestos. . . Y si de estos se sospechaba, de otros que vivían de viajar, era bien sabido que el crimen era parte de su quehacer usual: asaltantes, espías, piratas, tratantes de esclavos.<sup>4</sup> No puede

<sup>3</sup> Véase su fascinante obra sobre el "almirante de la mar oceana" (Carpentier, 1979).

<sup>4</sup> Conviene recordar aquí cómo durante toda la Edad Media —y todavía tiempos

extrañar entonces, que, al menos hasta fines del siglo XVIII, prevalecía generalmente la idea de que el "vivir en su tierra y conducirse honestamente"<sup>5</sup> era la máxima adecuada para el hombre de bien; el relato evangélico del hijo pródigo, que pierde todo en el extranjero y tiene que regresar en condiciones humillantes a su patria, confirmaba a su manera la convicción de la inutilidad y de los peligros sin sentido de todo viaje.

Todo un conjunto de factores económicos, políticos y culturales minaban esta concepción lentamente durante el siglo XVIII, aunque, naturalmente, esto sucedía de manera desigual

entre diversas capas de la población y en las diferentes partes de Europa.

Por una parte, el acrecentamiento de los poderes estatales absolutistas sobre sus territorios y la consiguiente competencia entre ellos tanto en Europa como en ultramar, fenómenos claramente vinculados con la intensificación de las actividades comerciales y el aumento poblacional<sup>6</sup>, favoreció no sólo el interés exploratorio en términos generales, sino creó, al mismo tiempo, condiciones para su realización con mayor facilidad que hasta entonces: desde rutas fijas para el viaje en carruaje con servicios más o menos regulares y protegidos de asaltantes<sup>7</sup>

después— la concepción y la praxis de la pena eclesiástica de la "ex-comunión" implicaba, como lo indica su nombre, tanto la separación de la comunidad de los fieles como la expulsión de los asentamientos humanos.

<sup>5</sup> Esta fórmula proviene de los inicios del salmo 37, cuya temática general es la contraposición entre la felicidad de quienes confían en Dios y la perdición de los nefastos y donde se dice también que "los justos poseerán la tierra y la habitarán para siempre". La frase citada, que permite varias traducciones del hebreo, fue incorporada a principios del siglo XIX por el poeta, traductor y escritor Friedrich Rückert (1788-1866) en un poema dirigido a prevenir a los emigrantes de aquél tiempo y se convirtió incluso en un refrán alemán. Detalles sobre esto y la utilización de argumen-

tos religiosos en contra de la emigración suralemana a comienzos del siglo pasado se encuentran en la documentación preparada por G. Moltmann (1979:375 y sigs.).

<sup>6</sup> C. Cipolla (1964:96 y sigs.) ha calculado para el lapso de 1750 a 1850 un aumento de la población mundial de un 60 por ciento, mientras que durante este mismo tiempo la de Europa se incrementó en un 80, cifra que *no* toma en cuenta la voluminosa emigración europea hacia ultramar.

<sup>7</sup> Conviene tener presente que desde hacía muchos siglos, los únicos modos de transportarse en tierra firme eran las propias piernas y el caballo. Desde fines del siglo XVII empezaba a hacerse más usual, poco a poco, el uso de carros tirados por caballos (Laermann 1976:72 y sigs.); obviamente, esto iba a la par de

hasta la recopilación sistemática de informaciones sobre pueblos europeos, sus instituciones y costumbres<sup>8</sup>, y desde la organización y el financiamiento de expediciones de reconocimiento de áreas prometedoras para la obtención de riquezas, prestigio político, científico, militar y misional hasta el fortalecimiento de las rutas comerciales y su protección mediante puntos de apoyo de tipo militar<sup>9</sup>.

Estos impulsos y condiciones contradaban su complemento en dinámicas de alguna manera relacionadas, pero relativamente autónomas, donde los lugares desconocidos o simplemente diferentes de los habituales se vislumbraban como sitios que guardaban

respuestas para lagunas del conocimiento y como fuentes de inspiración para la creación artística y hasta para la crítica social. Recuérdese, por ejemplo, la influencia de la obra del biólogo sueco Carlos Linneo (1707-1778)<sup>10</sup>, quien pretendió inventariar sistemáticamente toda la existencia de animales, plantas y minerales y que por sí sola se convirtió en impulso para explorar el globo terráqueo para comprobar lo conocido y complementarlo con especies todavía desconocidas. Otros viajes eran la consecuencia de la búsqueda de determinadas posiciones de observación para fenómenos del sistema planetario<sup>11</sup>. A diferencia de estos intereses, la atención de los filóso-

una profunda renovación y ampliación de las redes de caminos.

<sup>8</sup> Recuérdese que el término "estadística" tenía originalmente un sentido completamente diferente del actual: "Significaba información sobre los estados políticos, la clase de material que se encuentra hoy reunido en los *Statesman's Yearbook*." (Kendall 1974:405); el objetivo de este tipo de recopilación era evidentemente práctico.

<sup>9</sup> Estas rutas comerciales, los objetivos principales de las exploraciones, eran también las rutas para los movimientos migratorios. Con respecto a los viajes marítimos hay que recordar que uno de los problemas más graves era el escorbuto, que diezaba tripulaciones y emigrantes por la falta de alimentos frescos. G. Forster ha señalado que el capitán James

Cook introdujo el uso de la col agria para vencer esta enfermedad (Forster 1976:102 y sigs.) y A. Toussaint (1984:72) anota que desde los últimos años del siglo se usaba de manera más general el jugo de limón para el mismo propósito.

<sup>10</sup> Acerca de la importancia de este científico, quien publicó en 1735 su *Systema naturae* (e incluyó en la duodécima edición de esta obra por primera vez al ser humano bajo el nombre de "homo sapiens") puede verse el capítulo respectivo de A. Palerm (1976:65-68).

<sup>11</sup> En este contexto merece mención el hecho de que el primer viaje internacional de científicos mexicanos se realizó entre 1874 y 1875 a Japón para observar —igual que más de un siglo antes la expedición de James Cook— el tránsito del planeta Venus por el sol; véase para una

fos de la Ilustración se dirigía hacia aquellas poblaciones de las tierras recientemente exploradas, especialmente en norteamérica y en las islas del pacífico, cuyo modo de vida no solamente contrastaba tan marcadamente con la vida de las capas de la población europea, que se consideraban las más refinadas, sino que eran precisamente por esto, estimadas como lo más cercano al ideal del ser humano como tal; es sabido como en las obras de estos pensadores los "salvajes" jugaban un papel importante para discutir la cuestión del "contrato social" y para criticar de manera severa justamente su propia sociedad<sup>12</sup>. La fascinación del romanticismo por la naturaleza —hacia fines del siglo XVIII y

mantenida de diversas maneras después todavía— y la atracción del mundo mediterráneo para muchos artistas que habitaban al norte de los Alpes, contribuyó a su manera a fijar la atención en lo que reportaban los viajeros y, especialmente en el último caso referido, incluso a emprender un viaje<sup>13</sup>.

Baste la mención de unos pocos viajes, que no solamente destacan en la historia de la exploración europea, sino que tuvieron, además, un significado especial para alimentar la imaginación, la fantasía y, finalmente también, los conocimientos de sus contemporáneos: los viajes marítimos del capitán inglés James Cook<sup>14</sup> (1728-

descripción el trabajo de A. Moreno (1986).

<sup>12</sup> Una excelente visión de conjunto de estas discusiones es el libro de M. Duchet, *Antropología e historia en el siglo de las Luces* (1975). Hay que tener presente aquí también que la llamada guerra de los siete años (1756-1763) y, después, la independencia norteamericana (1776), al igual que las actividades misioneras de los jesuitas entre los guaraníes contribuyeron a dirigir la atención más general hacia los sucesos de ultramar.

<sup>13</sup> Interesantes consideraciones sobre "el artista romántico", la oposición entre lo "mecánico" y lo "orgánico" y el rechazo de la sociedad de la revolución industrial incipiente se encuentran en un ensayo de R. Williams (1960:33-52).

<sup>14</sup> Para los datos que siguen (y datos semejantes en el apartado siguiente) puede consultarse la sucinta visión panorámica de H. Deschamps (1971) sobre la historia de las exploraciones europeas y el resumen de A. Mieli acerca de este tipo de viajes durante el Iluminismo (1955: 189 y sigs.). Muy sugerente para estas cuestiones es el libro de U. Bitterli, *Los "salvajes" y los "civilizados"* (1982). Una colección de estudios sobre viajes en Europa central se encuentra en el volumen recopilado por H.J. Piechotta (1976). Una semblanza breve de A.v. Humboldt ofrece el libro de J. Labastida (1981). Acerca de G. Forster puede agregarse aquí que no solo publicaba volúmenes muy leídos sobre su viaje con James Cook al Pacífico Sur, sino también por Alemania del Norte.

1779), destinados tanto a la realización de diversas observaciones astronómicas como para el reconocimiento geográfico de extensas áreas, especialmente del Pacífico Sur; los del conde francés Louis-Antoine Bougainville (1729-1811), quien dirigió la primera circunnavegación francesa del mundo y exploraba igualmente el Pacífico, y de los viajeros alemanes Johann Reinhold Forster (1729-1789) y Georg Forster (1754-1794), padre e hijo, respectivamente, de quienes especialmente el segundo publicó famosos escritos sobre sus viajes. También pueden mencionarse las exploraciones de Vitus J. Bering (1680-1741), quien trabajaba al servicio del zar Pedro el Grande, y el viaje a sudamérica (1799-1804) del barón alemán Alejandro de Humboldt (1769-1859). Famoso se volvió también el llamado "viaje a Italia" de Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832), realizado de 1786 a 1788 y que tuvo una importancia primordial no sólo para la vida y obra de este poeta, político y naturalista, sino también para muchos artistas contemporáneos y posteriores. Viajes al interior de los países europeos no lograron atraer una atención comparable a la de los mencionados, pero tuvieron para muchos de los contemporáneos y paisanos de los viajeros profundas repercusiones amén de estimular de manera semejante las ganas de viajar y de ampliar conocimientos y tópicos de conversación.

Es pertinente señalar que estos viajes producían no solamente escritos

para especialistas (además de colecciones de plantas, animales, minerales, fósiles y toda clase de artefactos), estudiados y discutidos en todos sus detalles por colegas de los expedicionarios y en el seno de las sociedades académicas, sino que eran leídos y comentados en ciertas capas sociales ilustradas, principalmente la burguesía citadina ascendente, la cual nutría su convicción de la superioridad de su continente y de su tiempo ante todo mediante la comparación de las situaciones propias con las recientemente descubiertas; para ello no solamente los relatos de los viajes mismos jugaban un papel importante, sino también novelas y cuentos tales como el famoso *Robinson Crusoe*<sup>15</sup>, donde se mezclaban datos tomados de estos reportes con la fantasía.

<sup>15</sup> Daniel Defoe (1660-1731) publicó en los años 1719-1720 las tres partes de esta obra leída hasta el día de hoy. Uno de los casos más conocidos (e incluso imitado varias veces), donde se mezclan la fantasía y la invención jocosa con elementos de viajes reales son las diversas versiones de las aventuras atribuidas al (y en parte efectivamente narradas por el) barón de Münchhausen, publicadas a partir de los años ochenta del siglo XVIII (véase Bürger 1982). —Un aspecto que no puede tratarse en este ensayo es la múltiple y multiforme interrelación entre la literatura de viaje y las novelas utópicas (algunas indicaciones se encuentran en Krotz 1980).

Aparte del ampliamente conocido impulso que significó este desarrollo de la actividad viajera para todos los campos de conocimiento y muy especialmente para la antropología y, desde luego, para la posterior dominación colonial europea del resto del mundo, es necesario destacar aquí una doble consecuencia de ella. Por una parte, ensanchó horizontes cognitivos, imaginativos, espaciales y, en ocasiones también sociales, de tal manera que la realización de más y nuevos viajes parecía cada vez más claramente la respuesta adecuada para afianzar estos horizontes y para resolver viejos problemas de conocimiento y los nuevos, que los recientes viajes habían generado. Por otra parte, determinadas capas de la población empezaban a concebir la idea del viaje de otra manera, como ya se puede ver en el éxito comercial y la circulación relativamente amplia de los relatos de viaje y de las obras literarias relacionadas con éstos. Los viajeros se volvieron héroes y los viajes algo no sólo cada vez más aceptable, sino incluso digno de imitar.

Dos filósofos importantes de fines del siglo XVIII sintetizan y expresan esta nueva visión de manera especialmente contundente. Uno es el francés Voltaire (1694-1778), quien conoció varias partes de Europa a lo largo de su vida y quien publicó en 1758 una novela llamada *Cándido*. En ella describe las peripecias de un noble alemán del mismo nombre, quien pasa su juventud en el castillo de Tunderten-tronck y tiene como instructor a un

tal Panglos, discípulo de Leibniz y, por consiguiente, partidario de la opinión de aquél de que el mundo existente era el mejor de los posibles. Este personaje llega finalmente a Eldorado, ubicado en el norte de sudamérica:

Cándido estaba en éxtasis, y decía para sí: esto es bien distinto de la Westfalia y del castillo del señor barón; si nuestro amigo Panglos hubiese visto Eldorado, no hubiera vuelto a sostener que el castillo de Tunderten-tronck era lo mejor de la Tierra: ¡Es cierto que conviene viajar! (Voltaire 1972: 73).

El otro es el alemán Manuel Kant (1724-1804). Aunque prácticamente nunca abandonó su ciudad natal, este influyentísimo autor era un asiduo lector de relatos de viaje y siempre estaba atento a conversar con gente que había viajado<sup>16</sup>. En la introducción a

<sup>16</sup> Uno de sus biógrafos escribe: "Pero lo que más atraía a los estudiantes y personas ilustradas eran sus conferencias sobre antropología y geografía física. Kant, que nunca salió del término municipal de Königsberg, sabía sin embargo explicar con gran precisión cómo era el resto del mundo. Los conocimientos que le facultaban para ello habíalos adquirido sobre todo en la lectura de relatos de viaje. Eranle de gran ayuda su memoria y su despierta imaginación;

su antropología, publicada por primera vez en 1798, se encuentra la afirmación de que "entre los medios para la ampliación de la antropología pertenece el viajar o, al menos, la lectura de descripciones de viajes" (Kant 1980: 400).

Es congruente con esta situación la constatación de que hacia fines del siglo también se encuentran claras indicaciones de que el evangelio mencionado del hijo pródigo empieza a ser interpretado de una manera opuesta: el hijo pródigo es ahora el que siguió, a pesar de los peligros y de sus errores, el camino acertado para obtener un conocimiento real del mundo y de los seres humanos<sup>17</sup>. Así se legitimaba ahora el viajar, de la misma manera

gracias a ellas hacía surgir ante sus ojos y los de sus oyentes, con todo detalle, el cuadro de una realidad extraña, de forma que no se notaba el hecho de no haber visitado él las ciudades que describía. Además, sabía suplir de tal modo la realidad por la fantasía, que su pintura del puente de Westminster de Londres obligó a un inglés presente a suponer que encontraba en Kant a un arquitecto que había residido varios años en aquella capital" (Schultz 1971:24; véase también :41-42).

<sup>17</sup> El mismo Voltaire publicó en 1738 un drama titulado "El hijo pródigo", bastante difundido, que implica ya una nueva visión de este personaje, aunque todavía no lo convierte en apología del viajar. Véase para esta cuestión también

como lo hará después la nueva máxima de la burguesía ilustrada: "viajar instruye".

### 3. EL SIGLO XIX: EL SIGLO DE LOS VIAJES

Con respecto al tema de este ensayo puede decirse que muchos elementos descritos para el siglo XVIII se fortalecían en las décadas posteriores, mientras que otros nuevos se agregaron, por lo que durante el siglo XIX aumentaron sin precedente número y tipo de viajeros. En este sentido no carece de importancia señalar que la época de las guerras napoleónicas, con que se inicia el siglo, significaban movilizaciones enormes en cuanto a las cantidades de personas desplazadas y en cuanto a las distancias atravesadas. Asimismo fue importante la guerra de liberación de Grecia (1821-1827) —vista también entonces como una de las cunas de la civilización europea—, que atrajo no solamente una atención muy amplia de muchas partes sino también a combatientes voluntarios provenientes de muchos países europeos.

Un elemento clave, fue, sin duda, la consolidación de los estados nacionales europeos (con sus "extensiones" en Norteamérica y el norte de Asia), al mismo tiempo que se estaba dando un proceso de interrelación creciente

el estudio de K. Laermann (1976:58 y sigs.).

entre ellos; como es sabido, se trata de fenómenos estrechamente vinculados con el crecimiento espectacular de las fuerzas productivas durante esta etapa de la "revolución industrial", el no menos impresionante aumento de la población así como la intensificación y diversificación de todo tipo de intercambios comerciales.

Hablar de los procesos políticos mencionados implica no solamente hablar del lento afianzamiento del sistema electoral-parlamentario propio de la ideología liberal de la burguesía en vías de hegemonización definitiva y del establecimiento de las instituciones administrativas y culturales destinadas al sostenimiento, la legitimación y la reproducción de esta particular forma de organización social. Implica también hablar de viejos y nuevos mecanismos para el control sobre el territorio habitado por una "nación" y para la atención especial a los países vecinos. La integración nacional dependía también del éxito de ciertas estrategias de unificación —de tipo lingüístico, educativo, legal-jurídico, con respecto a pesas y medidas, horarios, etc.—, y éstas dependían, a su vez, de la recolección adecuada de información en todas las regiones de cada país<sup>18</sup>. Al mismo tiempo, estos estados estaban involucrados en múltiples

relaciones de rivalidad, donde se combinaban intereses económicos, políticos, de prestigio nacional, militares, etc. Si ni éstas, ni las unificaciones políticas tardías de Alemania e Italia, ni la expansión de Europa hacia el sur-oriental a costa del imperio osmánico en proceso de desmoronamiento, ni los conflictos en torno a las colonias lograron alterar significativamente, durante mucho tiempo, las fronteras trazadas por los acuerdos del Congreso de Viena en 1815, entonces ello se debe también a dos aspectos específicos de las relaciones internacionales de aquél tiempo. El primero fue la intensa diplomacia secreta, que vinculaba determinados estados mediante alianzas y pactos de diferentes tipos. El segundo consistió en la concertación de un importante número de acuerdos multinacionales —desde los pronunciamientos contra la esclavitud (a partir de 1815) y la fundación de la Cruz Roja (en 1863) hasta el establecimiento de la Unión Postal Mundial (en 1884) y de un sólo horario mundialmente válido<sup>19</sup> y la definición del metro (en 1875) como paso importante hacia un sistema único de pesas y medidas en el mundo occidental.

recuerdan que estos procesos de unificación no siempre eran exitosos.

<sup>18</sup> El caso de la monarquía austro-húngara y, en cierta medida también la historia de las constantes tensiones entre cataluña y el gobierno central de Madrid,

<sup>19</sup> Previamente a este acuerdo se dieron procesos de unificación de horarios locales imprescindibles, por ejemplo, para la formulación de los itinerarios de los trenes.

Obviamente, todas estas actividades necesitaban también de viajes de reconocimiento y el desplazamiento constante de mensajeros, espías, embajadores y delegados de muchas clases.

También en el mundo extraeuropeo sucedían cambios que tuvieron como consecuencia el fomento de muchos tipos de viajes. Así, la independencia política de la mayor parte de Latinoamérica marcó el fin del dominio hispano exclusivo e hizo accesibles estos países para comerciantes e inmigrantes de otras partes del mundo<sup>20</sup>. Los acuerdos contra el tráfico de esclavos y su paulatina puesta en práctica modificaron profundamente las estructuras políticas de toda la costa occidental de Africa y contribuyó a facilitar la exploración de este continente separado del antiguo mundo mediterráneo por la franja desértica y, después, además por los territorios islámicos. En Asia se ubicaba la mayor y más importante colonia europea, la India, cuyo papel decisivo para el surgimiento de la industria textil británica es de sobra conocido; asimismo ayuda a recordar este caso que tampoco aquí las diversas potencias europeas simplemente

“se encontraban” con civilizaciones antiquísimas y sumamente complejas (que, por cierto, sus intelectuales y muchos viajeros habían admirado desde hacía siglos<sup>21</sup>), sino que se abrían violentamente paso —por ejemplo, mediante la destrucción sistemática de la manufactura textil hindú, la llamada “guerra del opio” (1840-1842), que marcó el inicio de la dominación de China o la imposición, bajo amenaza militar, de tratados comerciales a Japón, a partir de 1854. De manera semejante, las islas del Océano Pacífico no sólo seguían siendo fuentes de inspiración artística y depositarias de imaginaciones y sueños de quienes estaban cansados de la vida “artificial” de la civilización industrial, sino se constituyeron también en campo de competencia entre los países europeos,

<sup>20</sup> Es conocida la “doctrina Monroe”, formulada por primera vez en 1823, mediante la cual los Estados Unidos trataron de sustituir la exclusividad ibérica por la suya propia. —Para el caso de la inmigración alemana a México durante el siglo pasado se dispone del volumen escrito por B.v. Mentz y otros (1982).

<sup>21</sup> Esta data, al menos, de la época de las cruzadas y del tiempo del viaje de Marco Polo a la corte de Kublai Kan (véase Palerm 1974:69-76), se hace eco en varias óperas de Mozart (“La flauta mágica”, “El rapto en el serallo”), se expresa en la presencia de los persas en la crítica social de Montesquiu, aparece en la admiración de Voltaire con respecto a los chinos y de Schopenhauer y Nietzsche con respecto a la India, se nutre después por las investigaciones sobre los idiomas indoeuropeos y la apertura forzada del Japón hacia Occidente y es conocida hasta la actualidad a través de los escritos de Max Weber y de Hermann Hesse.

a los que pronto se unieron los Estados Unidos.

Aquí parece pertinente recalcar tres características importantes del proceso de expansión colonial europea de estas décadas. Aunque subsistían, desde luego, los intereses económicos (que concebían los territorios de ultramar como fuentes de materias primas vegetales, animales y minerales y a sus moradores como compradores de productos industriales) y misioneros (que trataban de difundir por muchos medios las diversas vertientes del cristianismo y, en un sentido más amplio, del modo de vida de la Europa decimonónica), se acentuaban con el tiempo los intereses de tipo *político-ideológico*. Justamente a partir de la idea de la unidad estrecha entre pueblo/nación y territorio (con lo que se pensaban relacionados la tradición y el sus-

trato étnico-racial comunes, que derivaban en un supuesto "alma" nacional común)<sup>22</sup>, se hablaba de la expansión territorial cada vez más como necesidad de cualquier nación joven, vigorosa y con un futuro promisorio y, al mismo tiempo, esta expansión se convertía en comprobación de tales características. Habían sido durante el siglo XVIII todavía, al igual que en épocas anteriores, los viajes comerciales y el establecimiento de puntos de apoyo en determinadas islas y costas los rasgos predominantes de la empresa colonial, ahora lo eran principalmente los intentos de *ocupación* para definir la pertenencia de determinadas áreas geográficas a los países europeos "matrices" y, por consiguiente, de la distribución del mundo no-europeo entre los europeos<sup>23</sup>. Como resultado de estas dos características, la empresa

<sup>22</sup> Ernest Renan, quien justificó la colonización como una tarea eminentemente civilizatoria cargada de nociones racistas (Renan 1972:93-94), afirmó: "Un país no es la simple adición de los individuos que lo componen; es un alma, una conciencia, una persona, una resultante viva" (*ibid.*: 50). Y Friedrich Ratzel escribió: "No puede concebirse al ser humano sin la tierra, y de la misma manera no puede concebirse sin ella la obra más grande del ser humano en el mundo, el Estado. Cuando hablamos de un estado, implicamos siempre, igual que en el caso de una ciudad o de un camino, una parte de la humanidad o una obra humana

y, simultáneamente, una porción de tierra. . . Así se da la organización política de la tierra, a través de la cual el estado se convierte en un organismo, al cual una determinada parte de la superficie terrestre se integra de tal forma, que las características del estado se componen de las del pueblo y de las de la tierra. De ellas, las más importantes son el tamaño, la ubicación y los límites, después la clase y la forma de la tierra con toda su vegetación y sus aguas y finalmente, su relación con otras partes de la superficie terrestre" (1940:113).

<sup>23</sup> Expresión suprema de este tratamiento del mundo fue la conferencia de Berlín

colonial decimonónica era fundamentalmente una *empresa militar* que, si bien tenía como objetivo primordial la subordinación y a menudo la destrucción de los sistemas sociopolíticos de las poblaciones nativas, sólo inicial y parcialmente era seguida por el establecimiento de estructuras administrativas de orden estatal<sup>24</sup>; más bien habría que hablar del interés principal de "adquirir" porciones territoriales y de asegurarlas para un futuro. Aún así, desde luego, esta clase de situaciones facilitaba las actividades de misioneros

y exploradores así como de compañías comerciales, cuyas actividades siempre estaban teñidas por el afán de incrementar la "gloria nacional".

Quienes pensaban en emprender y realizaban viejas y nuevas formas de viaje en el siglo XIX, contaban paulatinamente con mejores medios para ello, aunque viajar era todavía, en comparación con la situación actual, bastante peligroso, incómodo y lleno de imprevistos. Con respecto a los viajes al interior de Europa hay que mencionar primero la ampliación, en can-

(1884-1885), en la cual se distribuyó el continente africano entre las potencias europeas —de un modo semejante, por cierto, como unas cuantas generaciones antes los monarcas habían dispuesto la disolución de Polonia y determinado después, en el Congreso de Viena, las fronteras entre los estados europeos. Otros ejemplos ampliamente conocidos de esta actitud son la incorporación de la mitad del territorio mexicano a los Estados Unidos a mediados del siglo, la intervención francesa en México para imponer al archiduque habsburgo Maximiliano como emperador, la anexión de las Malvinas por parte de Gran Bretaña en 1833, las múltiples intervenciones de Estados Unidos en el Caribe y la ocupación armada de Nicaragua por William Walker en 1855. Una visión general acerca de estos procesos se encuentran en los estudios de D.K. Fieldhouse (1984) y W.J. Mommsen (1971); casos ejemplares han sido reunidos en el libro de

R. Owen y B. Sutcliffe (1978). —Es pertinente reconocer en este contexto que estos procesos de expansión fueron estrictamente contemporáneos con el avance de la colonización y la conquista hacia el Oeste de Estados Unidos y con el avance de (la conquista) hacia el Este de Rusia. Mientras que las primeras han sido tratadas desde los más diversos ángulos en numerosas películas, se tiene ahora en la película "Dersu Uzala" una obra comparable.

<sup>24</sup> En Africa, por ejemplo, el poder de determinadas compañías privadas era frecuentemente más fuerte que el de instancias de la administración colonial gubernamental. Fue hacia fines del siglo y, particularmente después del fin de la primera Guerra Mundial, que se intentó el establecimiento de una organización administrativa más completa —y es hasta esta coyuntura específica, que la antropología puede empezar a prestar servicios realmente útiles al colonialismo.

tividad, calidad, frecuencia y seguridad del transporte de personas y bienes por carreteras y mediante carros tirados por caballos. A esto se agregó, a partir del segundo tercio del siglo, el ferrocarril, que se extendió en tan poco tiempo y que afectó tan profundamente la vida individual y colectiva, que el siglo pasado ha sido llamado justificadamente el siglo del ferrocarril<sup>25</sup>. Durante este mismo tiempo se hicieron en muchas partes de Europa numerosas obras destinadas a la rectificación de ríos<sup>26</sup> y a la construcción de diques y de canales<sup>27</sup>, que crea-

ron una amplia red de vías fluviales. Con respecto a los viajes marítimos, la innovación decisiva era, a partir de 1807, la utilización de barcos de vapor<sup>28</sup>. Gran importancia tuvo también la circulación de más y mejor información mediante el correo, la extensión de la prensa, el levantamiento de mapas más precisos<sup>29</sup> y las noticias que se recibían de emigrados y de los viajeros en general. Por su parte, los avances de la bioquímica y de la medicina empezaban a bajar lentamente la tasa de mortalidad en viajes marítimos y en las zonas tropicales<sup>30</sup>.

<sup>25</sup> En el año 1825, la primera locomotora inició sus recorridos entre Darlington y Stockton, Inglaterra, para el servicio de transporte humano regular; en 1835 se inauguró la primera línea en el continente (en Bélgica) y a fines del mismo año la primera línea alemana. Quince años después, por ejemplo, Alemania ya contaba con aproximadamente 5 500 kilómetros de vías férreas. Es sabido que la expansión del ferrocarril se reprodujo poco después también en otros continentes.

<sup>26</sup> Un caso particularmente conocido es el de la rectificación del Rin superior, iniciada en 1817 por el ingeniero badense Johann Gottfried Tulla.

<sup>27</sup> En este contexto es menester mencionar también los dos proyectos de canales dirigidos por el saint-simoniano F. Lesseps: el canal de Suez (inaugurado en 1869) y, posteriormente, el canal de Panamá (que fracasó).

<sup>28</sup> En el año 1818 se botó en Nueva York el primer barco —el "Savannah"— que fue movido por una combinación de velas y de vapor (con ruedas) en una travesía por el Atlántico Norte. En 1836 se construyó en Inglaterra el primer barco de vapor que usaba hélice.

<sup>29</sup> Para apreciar la importancia de este punto conviene tener presente la situación, para la que Bitterli señala que todavía alrededor de 1700 la fuente principal y generalmente aceptada para los conocimientos sobre Africa era ¡Heródoto! (1982:45) y que Voltaire había anotado: "Todavía hoy se graban mapas del mundo antiguo, donde América figura con el nombre de isla Atlántica. Las islas del Cabo Verde aparecen como las Górgadas; las del Caribe, como las "Hespérides. . ." (Voltaire 1959:51).

<sup>30</sup> Un paso importante fue, durante la década de los veinte, el aislamiento del elemento activo del quino (la quinina), usa-

Todos estos elementos mencionados contribuyeron a hacer más frecuente y más común los desplazamientos humanos durante el siglo pasado. Dos de estos se volvieron particularmente *masivos* —y su sola mención refiere todo estudio de este fenómeno a las causas estructurales más profundas, que arriba se sintetizaron con el término de la “revolución industrial”, pero que aquí no es el lugar para ser tratadas con más amplitud.

El primero son las *migraciones campo-ciudad*, palabra que hace referencia principalmente al desplazamiento más o menos definitivo de población rural hacia los centros de producción minera, fabril y comerciales, pero que no debe hacer olvidar que las ciudades se convirtieron también en centros de atracción intermitente para quienes seguían viviendo en poblados rurales (y en otras ciudades), por las actividades políticas, administrativas, comerciales, educativas y artísticas que allí se realizaban. Las ciudades

fungían, con el tiempo, también como receptáculos de artesanos transmigrantes desplazados por la producción industrial y otros sectores poblacionales expulsados por diversos motivos de sus lugares de origen. El segundo son los procesos de *emigración y colonización*, que se originaban con diferentes ritmos, por causas sumamente diversas y con direcciones y características distintas en todas las regiones de Europa. Realmente había de todo, y enlistar los grupos más significativos implica hablar, al mismo tiempo, de ciertos tipos de colonias (a pesar de que en no pocos casos, éstos se mezclaban en la realidad): **emigración individual y grupal a causa de coyunturas catastróficas** tales como malas cosechas y hambrunas hacia cualquier lugar de un “nuevo mundo”<sup>31</sup>; la búsqueda de campesinos sin tierra de establecerse en regiones “vacías”, aunque hubiera que eliminar para ello físicamente a la población nativa o encerrarla en “reservaciones”<sup>32</sup>; el establecimiento de grandes

da a partir de entonces para el combate contra la malaria y otras enfermedades febriles. Sin embargo, los avances de la medicina eran lentos y existen numerosos reportes sobre los altos porcentajes de pasajeros muertos durante las travesías por el Atlántico Norte y sobre expediciones diezmadas y grupos de emigrantes aniquilados por las enfermedades tropicales.

<sup>31</sup> Así, por ejemplo, las malas cosechas de los años de 1816 y 1817 y la consiguien-

te hambruna originó una importante movilización migratoria en el suroeste de Alemania y Suiza, tanto hacia Norteamérica como hacia los países balcánicos y Rusia (Moltmann 1979).

<sup>32</sup> Datos dramáticos sobre la situación en las “reservaciones” de los indios en el territorio de los Estados Unidos se encuentran en el conocido libro de James Mooney sobre la última rebelión violenta de los sioux hacia fines del siglo (Mooney 1965).

plantaciones productoras de materias primas como algodón, café, té, caña, caucho etc.<sup>33</sup>, mediante las cuales se convertía a los moradores originales de éstas áreas en fuerza de trabajo barata; presos deportados por lo grave de sus crímenes y/o la peligrosidad política de sus ideas y acciones<sup>34</sup>; corrientes migratorias impulsadas por la "fiebre de oro" y la de otros metales y piedras preciosas<sup>35</sup>; emigraciones motivadas por la persecución política<sup>36</sup>, la discriminación religiosa<sup>37</sup> y étnica<sup>38</sup>; mención especial merece aquí el gran número de proyectos de corte utópico —a veces relacionados con ideas milenaristas— que intentaron, ge-

neralmente fuera de Europa y principal pero no exclusivamente en Norteamérica, fundar comunidades, que se entendían como gérmenes de la transformación global de la organización social vigente hacia una sociedad realmente humana<sup>39</sup>.

Los numerosos operadores de los medios de transporte y los constructores de la infraestructura correspondiente se agregaban así a las clases de viajeros enlistados para el siglo anterior; el número de comerciantes, militares, misioneros, embajadores, administradores, corresponsales y artistas aumentaba al igual que el de quienes viajaban para instruirse<sup>40</sup>. Importante

<sup>33</sup> Esta situación ha sido evocada recientemente para el caso del Caribe (donde también durante el siglo XIX se dieron importantes movimientos migratorios provenientes de Asia) en el primer capítulo del libro de G. Pierre-Charles (1985).

<sup>34</sup> Recuérdense, por ejemplo, los casos de Australia y de la Guayana Francesa. Después de la destrucción de la Comuna de París, muchos sobrevivientes fueron enviados a Nueva Caledonia (García 1972:102).

<sup>35</sup> Especialmente conocidas son la fiebre de oro en California (a partir de los años cuarenta) y los descubrimientos de diamantes (1867) y de minas de oro (1886) en Sudáfrica.

<sup>36</sup> El revolucionario Giuseppe Garibaldi, por ejemplo, vivía un buen número de años en Sudamérica.

<sup>37</sup> Una visión panorámica acerca de esta cuestión se encuentra en los capítulos respectivos de la obra de B. Wilson (1970).

<sup>38</sup> En 1896 Theodor Herzl formuló su primer programa sionista y convocó para el año siguiente el primer congreso sionista mundial.

<sup>39</sup> Entre los proyectos más conocidos se encuentran los de Etienne Cabet y de Robert Owen; para una breve mención puede verse Krotz (1980:60 y sigs.).

<sup>40</sup> En este contexto es conveniente recordar la fuerte orientación de la educación media y superior de las clases medias y altas hacia las fuentes greco-romanas de la civilización europea, que se expresaba en la familiarización con los idiomas y los autores del mundo mediterráneo antiguo y se convirtió en impulso significativo para conocer personalmente

numéricamente y significativo por la repercusión de sus actividades fue también el sector de los exiliados y refugiados políticos, particularmente en Europa misma, de los cuales personas tan disímiles como K. Marx, M. Bakunin, W. Weitling, G. Büchner, A. Herzen o V.I. Lenin son apenas unos pocos de los más conocidos. Semejante era la situación de muchos más que, a veces de manera directa, a veces de manera indirecta estaban obligados a viajar para sustraerse de presiones sociales de todo tipo y/o para propagar ideas alternativas al sistema social vigente y buscar la concientización y organización de diversos sectores oprimidos —mujeres, obreros, campesinos, artesanos, etc.— mediante la fundación de partidos políticos, sindicatos, cooperativas, sociedades mutualistas y asociaciones de todo tipo; mención especial merece aquí el caso de mu-

chas mujeres, llamadas usualmente “feministas”, que se encontraban en esta situación<sup>41</sup>.

sus ruinas (lo que explica también la fuerte presencia de datos provenientes de este tipo de fuentes en muchas obras clásicas de la antropología científica decimonónica). La idea de las libertades burguesas del liberalismo en general y la organización de la vida académica constituían, a su vez, elementos que favorecían la estancia de estudiantes y de investigadores en diferentes lugares. Finalmente puede mencionarse que en 1907 se funda la primera organización de *Boy Scouts*, relacionada en sus orígenes con muchos de los elementos mencionados en este apartado.

chas mujeres, llamadas usualmente “feministas”, que se encontraban en esta situación<sup>41</sup>.

Para quienes llegaron a viajar ellos mismos y para quienes no, viajar era cada vez más algo familiar, ya que los viajeros producían, en su conjunto, un verdadero alud de informaciones y reflexiones (y, claro está, reglamentaciones burocráticas y disposiciones legales), a cuya circulación contribuía tanto el establecimiento de la instrucción escolar pública como la profusión de la prensa y de la industria editorial. Las noticias sobre otros países se hacían más y más presentes: se empezaban a publicar revistas especializadas en relatos de viaje y de reportajes del extranjero; misioneros escribían sobre las peripecias ocurridas en la realización de su tarea; emigrantes trataban de hacer entender a sus familiares las situaciones tan diferentes con que se enfrentaban y de dar consejos a quienes les iban a seguir; comisiones establecidas por instancias gubernamentales y por organismos filantrópicos reportaban situaciones en diversas partes de los países europeos propios y en re-

<sup>41</sup> Uno de los casos más documentados es el de Flora Tristan (1803-1844), quien conocía Perú (la patria de su padre) y recorrió después muchas partes de Europa; en sus “Paseos por Londres” (publicados en 1840) relató la miseria del proletariado urbano-industrial de la época; véase para esto Baelen (1973).

lación con la esclavitud<sup>42</sup>. En librerías, bibliotecas y hogares crecía la presencia de una amplia gama de creaciones literarias que mezclaban realidad y ficción; entre éstas pueden mencionarse, a modo de ejemplo, las novelas sobre el Pacífico de Robert Louis Stevenson (*La isla del tesoro* y *Cuentos de los mares del sur*) y de Herman Melville (*Moby Dick*), las numerosas narraciones ubicadas principalmente en el Cercano Oriente y en Norteamérica de Karl May, los libros de James Fenimore Cooper (*El último de los mohicanos*) y de muchos otros sobre los indios norteamericanos y sus contactos con los colonizadores blancos o las novelas de Ruyard Kipling (*El libro de la selva* y *Kim*) sobre la India. Además, buena parte de la literatura, especialmente de fines de siglo, contenía amplias y realistas descripciones de la situación en determinados países y ciudades (entre ellas pueden recordarse obras de Mark Twain, Fjodor Dostojevski, Charles Dickens, Heinrich Heine, Honoré de Balzac y Gustave Flaubert)<sup>43</sup>. Tam-

bién en otros géneros artísticos se hacían presentes la vida en sociedades extrañas y tiempos remotos así como los elementos característicos de la vida rural en la naturaleza no trastornada por la modernidad urbano-industrial: basten como botón de muestra, la mención de los cuadros del mundo tahitiano de Paul Gauguin y una mirada al escenario operístico poblado de personajes reales e inventados de la historia mediterránea antigua ("Norma", "Aída", "Los troyanos") y de mundos exóticos contemporáneos ("La Africana", "Madame Butterfly", "El barbero de Sevilla"), de figuras pertenecientes al mito (Wagner), a las leyendas populares (Boieldieu) y la vida en los campos y bosques ("El cazador furtivo") así como de gitanos, toreros, contrabandistas, pescadores, artistas y bohemios (Bizet, Verdi, Puccini)<sup>44</sup>.

<sup>42</sup> Recuérdese que gran parte del conocido libro de F. Engels sobre la situación de la clase obrera en Inglaterra (Engels 1975) se basa en reportes oficiales de este tipo. Por otra parte, la fundación de varias sociedades etnológicas estaba directamente vinculada con intereses anti-esclavistas.

<sup>43</sup> Aquí debe mencionarse también la influyente novela *La cabaña del tío Tom*, publicada por vez primera en 1852.

<sup>44</sup> Muchas composiciones para música sinfónica, de piano y vocal de este tiempo recurrían ocasional o sistemáticamente a la música popular (es decir, fundamentalmente rural) como lo atestiguan, por ejemplo, las mazurkas y polonesas de F. Chopin o los intentos de formar "escuelas nacionales" (representados, de una manera u otra, por Dvorak, Smetana, Grieg, Liszt, Rimski-Korsakow y Mussorgski); tanto estos últimos como otros compositores interesados en las canciones populares como J. Brahms, realizaban amplias investigaciones al respecto. Incluso en la sexta sinfonía de Beethoven se ha reconocido la presen-

En museos, jardines botánicos y zoológicos podían admirarse artefactos y vestimenta de gentes de otras partes de Europa y de ultramar y de épocas lejanas así como plantas y animales raros y desconocidos<sup>45</sup>. Las ferias y los circos mostraban seres tan extraños como elefantes<sup>46</sup>, indios emplumados y Amazonas y vidas humanas tan extraordinarias como las del llamado "salvaje de Aveyron"<sup>47</sup> o de Kaspar

Hauser<sup>48</sup> mantenían viva la idea de la presencia de seres raros en la relativa cercanía de los bosques y montañas y se constituyeron en parámetros perceptivos y proyectivos. Conferencistas hablaban en muchos foros de otros paisajes y vegetaciones, de culturas y pueblos tan diferentes de todo lo familiar. Viajes imaginarios de todo tipo trasladaban a los lectores a lugares considerados entonces imposibles por conocer alguna vez<sup>49</sup>.

Viendo todo esto de manera conjunta, no puede extrañar que también aumentaban los viajes explícita o predominantemente dedicados a la exploración, organizados o apoyados por sociedades científicas, gobiernos nacio-

cia de una danza eslava (Bartok 1979: 69), mientras que en la séptima sinfonía (tercer movimiento) se ha tratado de identificar un ritmo de jarabe.

<sup>45</sup> En la película "La amante del teniente francés", que recrea ilustrativamente su época, aparece también uno de los muchos "gabinetes de curiosidades", que reunían médicos y maestros de aquel tiempo.

<sup>46</sup> Se ha tratado de demostrar que especialmente el elefante, con una larga y multiforme presencia en la historia cultural europea, animaba mucho la imaginación popular acerca de formas de vida desconocidas y supuestas en otros continentes y lugares lejanos. Por ello es interesante la observación que "alrededor de 1850 no habrá habido casi nadie quien no hubiera visto en elefante *in natura* en una feria o un circo" (Oettermann 1982:76).

<sup>47</sup> Este niño recogido en el bosque fue estudiado varias veces y la discusión sobre él tuvo una importancia estelar para la antropología del Iluminismo tardío (Pinnel e Itard 1978).

<sup>48</sup> Werner Herzog ha presentado la biografía de este personaje, que según rumores de su tiempo tenía que ver con la familia gobernante de Baden o incluso con Napoleón, en su impactante película "El enigma de Kaspar Hauser".

<sup>49</sup> En el año 1975 se realizó la primera travesía del canal de la Mancha en globo. En la gran Exposición de Londres, realizada en 1851, el príncipe consorte estableció una inequívoca relación entre progreso y viaje: "Las distancias que separaban a las diferentes naciones y partes del mundo están desapareciendo rápidamente ante las realizaciones de la invención moderna y podemos atravesarlas con increíble sencillez; las lenguas de todas las naciones se conocen y su uso está al alcance de todos; el pensamiento se comunica con la rapidez e

nales y hasta —como en el famoso caso de Henry Morton Stanley en su búsqueda del desaparecido Livingstone en el continente africano— por periódicos<sup>50</sup>. Sin duda alguna, el viaje más famoso y trascendental fue el del buque inglés “Beagle”, de 1831 a 1836, que llevaba a bordo, un poco por casualidad, a un joven naturalista de nombre Charles Darwin<sup>51</sup>. A modo de ejemplo y de recordatorio sean mencionados aquí también el viaje del barcelonés Domingo Badiú y Leblic a la Meca (1807), del francés René Caillé a Tombuctú (1828), las exploraciones de Heinrich Barth, Gustav Nachtigal, Gerhard Rohlfs, Charles de Foucauld y Henri Duveyrier en Africa del Norte, las de David Livingstone, Henri Morton Stanley, Georg Schwein-

furth, Richard Burton y Piero Savorgnan de Brazza por partes más australes del continente negro, las expediciones provenientes de muchos países a Nueva Guinea hacia fines del siglo, entre ellos también las de Mikluko Maklay, las exploraciones del interior de Australia de Charles Sturt, los viajes de Ferdinand von Richthofen a China (1868-1872), de Sven Hedín a Asia Central (a partir de 1891), de H. Mouhout en el sureste asiático (con el descubrimiento de las ruinas de Angkor en 1860), las exploraciones naturalistas y etnográficas de Auguste de Saint-Hilaire y de Alcide d’Orbigny en América del Sur<sup>52</sup> y, a fines de esta época las llegadas de Cook y de Peary al polo norte (1908/1909) y de Amundsen y Scott al polo sur (1911/1912)<sup>53</sup>. Como en tiempos anteriores, muchos de estos viajes produjeron no solamen-

incluso con el poder de la luz...” (Burry 1971:295). En este contexto hay que entender los muy difundidos libros de Julio Verne (1828-1903), donde hay viajes al fondo del mar, alrededor de la tierra, al centro del mundo y a la luna.

<sup>50</sup> En relación con lo anteriormente señalado sobre el carácter fundamentalmente militar de la expansión colonial durante buena parte del siglo pasado y la poca utilidad generalmente concedida a la investigación antropológico-etnológica, es ilustrativo que Franz Bastian intentó muchas veces obtener apoyo financiero para sus viajes de exploración y reconocimiento por parte de comerciantes e industriales, pero prácticamente sin éxito.

<sup>51</sup> Información sobre este viaje que lo ubica en el contexto global de la época puede encontrarse en el libro de L. Eiseley sobre “el siglo de Darwin” (1978).

<sup>52</sup> No se puede considerar aquí la amplia literatura sobre viajes de extranjeros por México, tales como los de Stephens y Catherwood en Yucatán, de Brasseur en el istmo de Tehuantepec, etc. Una antología de varios relatos ha sido reunida por M. Glantz (1982).

<sup>53</sup> Para una visión panorámica véase nuevamente el libro ya mencionado de Deschamps (1971) y los capítulos correspondientes de la historia de la Europa decimonónica de G. Bruun (1964).

te una abundante y muy comentada literatura de tipo científico, sino también publicaciones que llegaban —durante muchas décadas— a un amplio público lector; ésto último era particularmente llamativo para los reportes referentes a Africa, que contribuyeron en buena medida al surgimiento y el mantenimiento de una verdadera “fiebre africana” (Bruun 1964:172).

#### 4. LOS VIAJES Y LOS PRIMEROS ANTROPOLOGOS CIENTIFICOS

Es sabido que las diversas vertientes de la antropología, que hoy suelen ser consideradas como subdisciplinas un tanto separadas unas de las otras (prehistoria-arqueología, etnohistoria, antropología física-antropología biológica, etnología-antropología sociocultural, lingüística antropológica) maduraron a velocidades y ritmos diferentes, cosa que estaba condicionada también por las situaciones diversas y cambiantes del conocimiento científico en su conjunto y de sus aparatos institucionales en los distintos países europeos. También fueron diversos y cambiantes en intensidad y tipo de relación con determinadas disciplinas científicas, que, bien por sus materiales empíricos, bien por su discusión teórica central, bien por ambos aspectos tenían cierta “cercanía” con las ciencias antropológicas nacientes. Así, diferentes grupos de antropólogos se encontraban en diferentes momentos bajo la influencia de y/o en discusión con la biología, la

paleontología y la geología, la historia, la geografía. En relación a la primera —y, además, vinculados con la investigación bioquímica, fisiológica y anatómica— se dieron los debates sobre las diferencias entre las razas humanas, los orígenes de las mismas y su distribución; en relación a la segunda, se discutía sobre antigüedad y descendencia del hombre y sobre las civilizaciones antiguas de la cuenca mediterránea; vinculada a la tercera se daba la polémica sobre el desarrollo de las más diversas instituciones sociales de la civilización europea y sobre las migraciones de los pueblos y las transformaciones de los idiomas, mientras que en relación a la última se debatían las influencias mutuas entre las culturas y sus medios ambientes<sup>54</sup>.

Cada una de estas disciplinas mencionadas<sup>55</sup>, desarrolladas ellas mismas

<sup>54</sup> Aquí es pertinente recordar la importancia de la obra del ya mencionado. Friedrich Ratzel (1844-1904) de Joachim Ritter (1779-1859), ambos considerados fundadores de la llamada “antropogeografía”, donde se combinan justamente elementos geográficos con etnográficos.

<sup>55</sup> Un análisis más detallado tendría que destacar, además, la importancia relativa de los diversos subcampos de estas disciplinas; por ejemplo, con respecto a la biología la relevancia específica de biogeografía (véase Colemann 1983). También es sugerente aquí acordarse de la frecuentemente muy estrecha relación entre la investigación médica de aquellos

en los diversos países de modo diverso, contribuyó con materiales empíricos distintos a la discusión antropológica<sup>56</sup>. Este —en el sentido original de la palabra— “desenvolvimiento” de las ciencias antropológicas tiene otra característica frecuentemente mencionada: la sólo paulatinamente efectuada diferenciación y delimitación con respecto a otras ciencias sociales (además, claro está, de la historia). Mientras que en Gran Bretaña y en Estados Unidos se puede observar una separación relativamente temprana entre antropología y sociología, en Francia esta separación se estableció bastante más tarde; en cambio, en Alemania se dio, además, una división entre la “Völkerkunde” (dedicada al estudio de los pueblos no europeos) y la “Volkskunde” (dedicada al estudio de las culturas populares alemanas y después también europeas), y esta división, a su vez, hace recordar las no muy claras rela-

ciones entre ciencias antropológicas y folklore.<sup>57</sup>

Los antropólogos decimonónicos trabajaban no solamente en el contexto socio-histórico de viajes y de la amplia familiarización con el fenómeno del viaje esbozado —más aún: todo su trabajo era un intento de encontrar un tratamiento adecuado de la diversidad humana conocida a través de viajes anteriores y contemporáneos a ellos y de formular y contestar algunas de las cuestiones más fundamentales planteadas por los materiales etnográficos así acumulados en Europa. Es llamativo, que ellos en su conjunto y en su abrumadora mayoría *no* eran viajeros: sus estudios se basaban más bien en los resultados de viajes de otros. Desde luego, se encuentran entre quienes son considerados habitualmente como los primeros antropólogos científicos, algunas excepciones. La más marcada es, sin duda, la del antropólogo alemán Adolf Bastian (1826-1905), quien pasó buena parte de su vida viajando por todo el mundo y quien murió en Puerto España, Trinidad; muchas de sus numerosas publicaciones mantienen un carácter fundamentalmente descriptivo, aún cuando contienen intentos comparativos y ge-

tiempos con la antropología naciente, donde destacan los casos del francés Paul Broca (1824-1888), célebre por sus estudios sobre el cerebro humano y del alemán Rudolf Virchow (1821-1902), colaborador de Bastian.

<sup>56</sup> Nuevamente hay que destacar que la mayor parte de las exploraciones mencionadas en el apartado anterior no tenían a los seres humanos, sus sociedades y sus culturas en el centro de su interés, sino que recogían datos referentes a estos fenómenos sólo de manera relativamente marginal.

<sup>57</sup> Además, se crearon institutos de investigación multidisciplinarios, dedicados al estudio de determinadas áreas culturales, especialmente aquellas dotadas de civilizaciones —más pasadas que presentes— altamente evolucionadas.

neralizadores. Su paisano Wilhelm Heinrich Riehl (1823-1897), considerado como uno de los fundadores de la mencionada "Volkskunde", viajaba incansablemente por toda Alemania y algo semejante puede afirmarse para determinados personajes como Joaquín Costa (1846-1911) y Máximo Kovalevsky (1851-1916), quienes estudiaban la cuestión campesina en España y en Rusia<sup>58</sup>. También viajaban algunos de los fundadores de la prehistoria, de los cuales llamó en su tiempo particularmente la atención el caso de Heinrich Schliemann (1822-1890), famoso por su excavación de la Troya homérica. Conocida es también la actividad viajera de Lewis H. Morgan (1818-1881), quien se trasladaba con frecuencia a los territorios de los indios norteamericanos de quienes trataba en sus escritos<sup>59</sup>.

En muchos otros casos, empero, los viajes eran más bien circunstanciales y no se encontraban esencialmente vinculados con el trabajo antropológico. Como extremo opuesto a A. Bastian puede recordarse el caso del afamado autor de *La rama dorada*, Sir James G. Frazer, quien no solamente nunca viajó a las regiones de donde

provenían sus materiales arqueológicos y etnográficos, sino quien, según cuenta la anécdota, rechazó como innecesaria e incluso desagradable la idea de establecer una relación personal y directa con algún "salvaje".

Mención aparte merecen aquí, empero, varios autores, que no eran viajeros habituales, pero para quienes la experiencia de un viaje constituyó el impulso clave para dedicar su vida posterior a la antropología. Esto vale ya en el caso de Morgan para su primer contacto con los iroqueses. Ampliamente conocido es el viaje de Edward B. Tylor (1832-1917) a México en el año de 1856, que significó el inicio de su interés en la ciencia de la que se le sigue considerando co-fundador. Algo semejante puede decirse sobre Herbert Spencer (1820-1903), quien como ingeniero ferrocarrilero se topó con fósiles excavados, lo que le dio una dimensión particular para la lectura de la obra del geólogo Charles Lyell, que se oponía al catastrofismo en boga y contribuyó a abrir el camino a una teoría científica de la evolución.

Pero para la abrumadora mayoría de los primeros antropólogos científicos, viajar no constituía un elemento existencial o biográficamente relevante, ni era la base fundamental para su trabajo. Su *materia prima* era, en cambio, lo que viajeros traían y habían traído y/o enviado de otras partes del mundo: reportes de viaje, artefactos de todo tipo, cráneos, restos fósiles, listas de palabras, dibujos (después también fotos), cartas, mapas... Estos

<sup>58</sup> Véase para esto A. Palerm (1976:190-204; 1980:147 y sigs.).

<sup>59</sup> Otro caso es el del ya mencionado J. Mooney y de algunos de sus colegas de la Oficina para Etnología Americana, cuya labor era, sin embargo, fundamentalmente descriptiva.

elementos fueron coleccionados, inventariados, clasificados y conservados en museos y bibliotecas, discutidos en las sesiones de las múltiples sociedades científicas, particularmente las antropológicas o etnológicas, que existían entonces en diversas combinaciones en muchas ciudades europeas, especialmente en las capitales. Mediante actas y boletines de estas sociedades, libros y folletos y después también revistas regulares, antropólogos individuales y grupos de antropólogos comunicaban sus ideas y los materiales que consideraban particularmente significativos a colegas de su disciplina en trance de constitución; a estos mecanismos se agregaban también el contacto personal con colegas a través de correspondencia, de visitas (como la visita de Morgan a Europa en 1870-71) y, finalmente, mediante reuniones y congresos<sup>60</sup>. Nuevamente hay que recalcar aquí la creación de este circuito especializado de comunicación no impidió que públicos mucho más amplios siguieran interesados en estas cuestiones, de manera que un buen número de las obras elaboradas por antropólogos científicos en estas décadas, con todo lo voluminoso que muchas de ellas eran, se reeditaban varias veces y fueran leídas también por especialis-

tas de otras disciplinas y por “no-especialistas”.

Naturalmente, los materiales con los que los primeros antropólogos científicos trabajaban eran fragmentarios a causa de la misma manera de haberse recogido y reunido, a menudo aislados de sus contextos y fuertemente teñidos por ideas no tematizadas y prejuicios explícitos de quienes reportaban observaciones, realizaban las primeras identificaciones y clasificaciones de artefactos y formulaban las reflexiones de conjunto iniciales; a ello se agregó, que —como puede verse de manera ejemplar en escritos de Bastian y de Morgan— entre las fuentes escritas se encontraban igualmente autores del mundo helénico clásico como viajeros del siglo XIX. Aunque la conciencia sobre todos los aspectos de estas limitaciones de orden epistemológico, metodológico y técnico tardaba en aclararse —en parte, porque problemas similares afectaban el análisis mismo de la información disponible<sup>61</sup>—, es sabido que muchas de las críticas contra la antropología decimonónica en general por parte de las siguientes generaciones de antropólogos enfatizaron fuertemente la insuficiencia en calidad y cantidad de sus bases empíri-

<sup>60</sup> A Juan Comas se debe una recopilación de datos y fechas respectivas a las primeras décadas de congresos internacionales de ciencias antropológicas (Comas 1956).

<sup>61</sup> Varios de estos condicionamientos distorsionadores suelen ser comentados bajo el membrete del “etnocentrismo”, que afectaba igualmente recolección y análisis de los datos etnográficos.

cas<sup>62</sup>. Sin embargo, puede verse fácilmente que para los autores de los que aquí se trata, este problema no pasaba inadvertido, por lo que se emprendieron diversos caminos para atacarlo. Aparte de involucrarse en un proceso de discusión no exento de asperezas —es decir, la realización práctica de que el proceso de producción de conocimientos científicos es un proceso colectivo, donde la elaboración siempre de alguna manera individual y personal necesita la confrontación y corrección por parte de otros— empezaron a tratar de incidir sobre el mismo proceso de recopilación de materiales empíricos. Varios de ellos establecían y mantenían una amplia correspondencia con “informantes calificados”, es decir, con viajeros de todo tipo y con personas tales como misioneros y funcionarios administrativos que vivían en regiones en cuya población estaban interesados y les planteaban preguntas y dudas sobre determinados aspectos<sup>63</sup>; en algunas ocasiones, esta red de informantes era incluso objeto de encuestas mediante cuestionarios deta-

lladamente elaborados, como lo atestiguan las acciones especialmente extensas de Morgan y de Tylor en este sentido. Otra medida importante y frecuentemente utilizada consistía en formular cuestionarios y guías de observación para participantes en diversas expediciones. Aunque no existe mucha documentación sobre el uso real de estas instrucciones y aunque éstas, consideradas instrumentos auxiliares, sólo excepcionalmente parecen haberse conservado, existe una larga tradición de ellas. Uno de los ejemplos más conocidos y más tempranos es el escrito titulado *Consideraciones sobre los diversos métodos por seguir en la observación de pueblos salvajes*, elaborado por Joseph-Marie Degérando e impreso por la “Sociedad de los observadores del hombre” de París en los primeros años del siglo XIX (Degérando 1969)<sup>64</sup>. Medio siglo más tarde, la Sociedad Etnológica de Londres encargó la elaboración de un trabajo similar, que se convirtió en un manual varias veces reformulado y reeditado y ha formado parte de la socialización pro-

<sup>62</sup> Hay que recordar aquí, que también en las ciencias históricas de aquel tiempo se establecieron sólo de manera lenta y paulatina criterios para la evaluación de fuentes, etc.

<sup>63</sup> En este contexto es interesante notar como Charles Darwin se dirigía a través de las más diversas publicaciones a horticultores y criadores de animales para obtener información para sus estudios;

también se conserva un cuestionario suyo destinado a conseguir datos sobre las expresiones de emociones en los seres humanos (Barret 1977:136-137).

<sup>64</sup> J. Comas (1962) ha enlistado una serie de estas instrucciones. Otro ejemplo de ellas son las “Instrucciones antropológicas para el viaje de la Fregata Blanca” de 1886 (Puig-Samper y otros 1984).

fesional de generaciones de antropólogos<sup>65</sup>.

Para explicar el hecho de que los mismos antropólogos en su mayoría no concebían el viaje personal como elemento central de la producción de conocimientos científicos en su disciplina apenas naciente, hay que hacer referencia a varias cuestiones, de las cuales casi todas ya han sido tocadas en partes previas de este ensayo.

En primer lugar conviene recalcar nuevamente que los primeros antropólogos científicos trabajaban frente a colecciones enormes de datos ya acumulados, cuyo monto aumentaba sin su propia aportación día con día y que en su conjunto exigían un tratamiento. Su uso como arma de la crítica social, que había hecho de ellos el Iluminismo, la utilización parcializada que se estaba haciendo de ellas en la disputa sobre la esclavitud y su abolición, las violentas discusiones que provocó su confrontación con diversos enunciados bíblicos, dejaban claro, además, que se trataba de asuntos de importancia suprema y urgentes que, de manera semejante como el desarrollo en otros campos científicos, podrían afectar severamente la cosmovisión europea, la concepción de los

Europeos de sí mismos, de su historia y de su porvenir.

En segundo lugar hay que volver a señalar el cúmulo de problemas que hacía sumamente penosa la recopilación directa de datos empíricos en lugares lejanos. Esto valía incluso para muchas zonas rurales relativamente apartadas en el interior de Europa, donde a los problemas del desplazamiento se agregaban con frecuencia los peligros de situaciones altamente conflictivas, como lo ejemplifican fácilmente la Italia meridional y Andalucía. Las constantes complicaciones que empantanaban las relaciones de H. Schliemann con los gobiernos de Grecia y de Turquía (agudizados, por cierto, por su personalidad particular) y afectaban sus proyectos de excavación, demuestran que ni la cercanía geográfica ni poderosos apoyos diplomáticos externos eran garantías contundentes para un trabajo fructífero. En la mayor parte de las regiones de ultramar, el carácter fundamental de expediciones científicas era, como ya se indicó, durante las primeras tres partes del siglo XIX, todavía exploratorio, dada la combinación del reducido conocimiento geográfico y ecológico de estas zonas del mundo por parte de los europeos con su interés de asegurarse los más amplios "derechos" de ocupación y posterior explotación posibles frente a sus rivales europeos.

En tercer lugar —y en estrecha relación con lo que se acaba de señalar— puede decirse que, en términos generales, el conocimiento de la población

<sup>65</sup> Este famoso trabajo, titulado originalmente *Notes and Queries on Anthropology*, ha sido traducido en su versión de 1951 bajo el título *Manual de Campo del antropólogo* (Instituto de Ciencias Sociales 1971).

de los países desde hace tiempo o recientemente ocupados y por ocupar y por distribuir entre las potencias europeas no era algo que desde el punto de vista político o económico ofrecía perspectivas de réditos. En los lugares donde había resistencia violenta contra los invasores blancos, el problema era tratado como uno de orden militar y la población rebelde sometida, expulsada o físicamente eliminada. En los demás lugares se ejercían presiones menos directas, imponiendo reglas de intercambio a todas luces desiguales, engañando y cooptando grupos y líderes y dividiendo a los pueblos; además, se minaba la capacidad de respuesta mediante la mutilación de estructuras sociales, tradiciones culturales así como mediante la corrupción física de grandes capas de las poblaciones nativas. De una manera semejante que con respecto a muchas partes rurales de Europa, las poblaciones "atrasadas" eran vistas como objetos de una trans-

formación inevitable, que de una manera u otra las iba a hacer partícipes del "progreso". En este proceso lo que importaba y que valía la pena conocer, era la meta en sus diversas expresiones: la sociedad urbana, el trabajo industrial y asalariado, el monoteísmo, el matrimonio monogámico, la organización social de tipo estatal, la forma de vestirse y de educar a los niños propia de la gente "civilizada",<sup>66</sup>. Lo que no importaba mucho, eran los puntos de partida de quienes estaban inevitablemente destinados a llegar a donde los segmentos más "avanzados" de las sociedades europeas ya habían llegado. Esta apreciación bastante generalizada coartaba naturalmente, un interés más específico en pueblos "primitivos" o "en estado natural" e incluso en la población campesina concreta y real, cosa que se expresaba en la inexistencia de financiamiento de proyectos masivos para estudios más detenidos de estos grupos sociales y culturas<sup>67</sup>.

<sup>66</sup> Así, por ejemplo, juzga J. Mooney, quien tenía una actitud bastante positiva con respecto a los indios, sobre uno de sus grandes líderes: "Después de su confinamiento como prisionero de guerra hasta 1883, *Sitting Bull* estableció su residencia en el valle del río *Grand*, donde moraba hasta que encontró su muerte. Allí continuaba siendo el líder de la oposición contra la civilización y el hombre blanco y su campamento se convirtió en el punto de confluencia para los elementos conservadores descontentos,

que mantenían el antiguo orden de las cosas y sentían que la innovación significaba para su raza la destrucción. . . Pero representaba el pasado. Su influencia era incompatible con el progreso y su muerte marca una era en la historia civilizatoria de los sioux (Mooney 1965: 108).

<sup>67</sup> Es curioso ver como las primeras "investigaciones de campo" se desarrollaban en países, donde los grupos "exóticos" por estudiar formaban parte de la misma población: Estados Unidos (donde la

Así, se estableció además, un círculo vicioso, ya que el desconocimiento de los idiomas no europeos, en su mayoría no escritos (además de las reglas generales de conducta localmente válidas) hacía difícil sino de plano imposible un reconocimiento más o menos adecuado de fenómenos socioculturales diferentes en las localidades.

A esta última consideración se agrega que muchos de quienes estudiaban las noticias sobre estas poblaciones, se daban cuenta de la rapidez con que culturas enteras desaparecían o se modificaban profundamente bajo el impacto de la llegada y del establecimiento de los blancos, por lo que se sentían impulsados a rescatar la mayor cantidad de datos posibles en el menor tiempo factible, antes de que estos mundos se hubieran perdido para siempre. Esta antropología de rescate era, naturalmente, más favorable a encuestas y recopilaciones superficiales (hechas, además, con frecuencia para "completar" la información que ya se tenía o creía tener) que a estudios largos y minuciosos y, por

instancia ocupada de los asuntos indios formaba parte del Ministerio de Guerra) y Rusia (con el estudio de la población rural por parte de los llamados "populistas").

<sup>68</sup> Al parecer, en estas cuestiones estaban más interesados algunos de quienes residían durante largos tiempos en contacto permanente con determinados sectores de la población nativa respectiva, tales

lo mismo, favorecían más la recolección de elementos de la cultura material y la observación de toda clase de eventos públicos en detrimento de la atención a la vida cotidiana, a las situaciones menos accesibles para extraños, a los sistemas simbólicos y a la interpretación filosófica y religiosa de la vida y del mundo por parte de los nativos mismos<sup>68</sup>.

Independientemente de la evaluación ética, que diversos antropólogos de este tiempo hicieran de las coyunturas problemáticas por las que atravesaban sus objetos de estudio —coyunturas de alcance mundial y de carácter irreversible, según parecía— puede suponerse que precisamente la falta generalizada de la exposición personal a sus efectos —muerte y destrucción, humillación y despojo, pauperización económica y miseria espiritual— fue una razón importante para que los primeros antropólogos científicos trataran tan pocas veces de intervenir decididamente a favor de ellos<sup>69</sup>.

como colonos con afición por conocimientos etnográficos, misioneros, médicos y algunos funcionarios administrativos. Es sabido que esta clase de personas era precisamente la consultada por quienes elaboraban hacia fines de siglo sus impresionantes esquemas evolucionistas e igualmente, poco después, por quienes realizaban investigaciones sistemáticas de campo.

<sup>69</sup> En este sentido parece congruente que precisamente Bastian haya abogado por

Es sólo hasta la última parte del siglo y los inicios del presente que el trabajo antropológico empieza a cambiar profundamente. Las causas para ello se dieron precisamente en los ámbitos mencionados y pueden reducirse esquemáticamente a tres: Primero, la terminación de la fase de ocupación y su desembocamiento en el establecimiento de una administración colonial regulada, que no sólo se interesaba en los aportes de la antropología para el conocimiento de la población sometida para poder eliminar focos actuales y futuros de conflictos, sino que también era una condición de posibilidad importante para la estancia prolongada de investigadores blancos entre las "tribus" por estudiar. Segundo, el reconocimiento social del calificativo "disciplina científica" de la antropología, lo que significaba, principalmente, su presencia en las instituciones universitarias con todo lo que ello implica: empleo asegurado para especialistas en el tema, fondos para la organización de expediciones e investigaciones de campo, posibilidades de publicar resultados de estudios en libros y revistas y de adquirir este tipo de materiales producidos en otras partes, realización regular de intercambios

de ideas y de conocimiento de todo tipo, existencia de estudiantes que son formados mediante proyectos de investigación en diferentes partes del mundo. . . Tercero, la misma insatisfacción con respecto a la complejidad del trabajo antropológico realizado durante varias décadas anteriores, sensación que iba en aumento con cada nueva monografía, contribuyó a su manera a impulsar un nuevo estilo de trabajo antropológico<sup>70</sup>. Pero aunque ya no eran los antropólogos de gabinete, quienes llevaban la delantera en la formulación de conocimiento antropológico considerado como válido, no por ello eran los nuevos protagonistas de la antropología académica comparables con los viajeros que antes de la consolidación de su campo de saber como disciplina científica se habían confrontado con culturas y pueblos desconocidos. Nuevamente, sin embargo, estos cambios dependían de las condiciones generales en cada uno de los países europeos y, particularmente, de la organización específica de sus instituciones de investigación y enseñanza científicas.

un trato más digno de los pueblos conquistados y dominados y que Morgan haya defendido el derecho de ciudadanía efectiva de los indios de Norteamérica.

<sup>70</sup> Este punto, que se refiere a la dinámica "interna" de las ciencias antropológicas necesitaría de un tratamiento más amplio, imposible en el marco del presente ensayo.

## 5. VIAJE Y CONOCIMIENTO ANTROPOLOGICO: ALGUNAS REFLEXIONES FINALES

En la praxis contemporánea de la antropología, el viaje —el abandono del hogar, del cubículo, de la oficina, de la biblioteca, del círculo de colegas y amigos, a menudo también de la ciudad o, al menos, del barrio, el traslado hacia y la convivencia más o menos prolongada y/o repetida con determinado grupo social— es considerado parte integrante y de importancia fundamental en la producción de conocimiento antropológico. Es un resultado precisamente del proceso de consolidación de la antropología como disciplina científica, de su reconocimiento social como tal, y ha sido reforzado por los logros cognoscitivos así alcanzados. A tal grado ha sido aceptado como elemento central de la producción de conocimientos antropológicos válidos que justificadamente puede ser llamado un *método* característico de la antropología<sup>71</sup>.

La lectura de reportes de viaje como los mencionados en los apartados segundo y tercero de este ensayo, la literatura de viaje que mezcla ficción

con observaciones de hechos, el encuentro con seres humanos o sus testimonios provenientes de épocas históricas lejanas o regiones desconocidas, acusaba, durante mucho tiempo, una constante: el *asombro*. El asombro ante la diferencia, la cual se constituye como tal sólo a partir de la presunción de una igualdad fundamental entre observador y observado, estudiosos y estudiados. Parece que en la medida en que avanza el afianzamiento de la antropología como disciplina científica y se vuelve campo de acción más o menos claramente delimitado para determinados especialistas, que llegan a serlo a través de un largo y complejo proceso de socialización, le sucede lo mismo que a otras disciplinas científicas, cuyo objeto de estudio maravilla ya sólo a los *no* iniciados. Obviamente, la hegemonización de un solo modelo de conocimiento científico —que un historiador de la ciencia ha caracterizado simbólicamente con el nombre del modelo de “escalpelo y escritura”<sup>72</sup>— ha contribuido a que también para los antropólogos científicos de entonces y de ahora se desvaneciera el asombro. El manejo distanciado de los “materiales” etnográficos, la medición, la complementación de lo considerado como fragmentario, la clasificación y la comparación, los procedimientos habituales de análisis y de

<sup>71</sup> También este punto, que supone, además, un determinado tipo de unidad de las hoy bastante separadas subdisciplinas de la antropología, necesitaría de mayor explicitación que aquí no puede ofrecerse.

<sup>72</sup> Así el subtítulo de una obra sobre los orígenes de la racionalidad científica (Vegetti 1981).

conservación de lo alcanzado se han impuesto de una manera semejante como en las ciencias naturales, especialmente la biología. De manera similar a ellas, lo repetitivo y lo repetido se ha vuelto lo realmente importante y finalmente decisivo, mientras que lo único y lo incomparable oscila en cuanto a su valor cognitivo entre lo científicamente intratable y la mera curiosidad anecdótica. Aunque caracterizada aquí un poco a modo de caricatura, éste parece ser uno de los rasgos más claramente apreciables de la antropología actual en cuanto científica (es decir, no meramente descriptivo-contemplativa), enraizada ahora en un contexto existencial —¿y también cognitivo?— tan diferente de las experiencias que dieron origen, alguna vez, a la pregunta antropológica. La revisión de la literatura antropológica a nivel mundial verifica fácilmente esta visión, aunque también en nuestro siglo hay obras antropológicas —o intentos de ellas— que testimonian la presencia del asombro ante el *encuentro*.

Si esta tendencia está correctamente esbozada en términos generales, entonces puede distinguirse un matiz importante, que diferencia la antropología europea/norteamericana/rusosoviética dominante, de la que se está haciendo en los países, que durante mucho tiempo eran sólo el campo principal de ubicación de los objetos de estudio de aquella. La antropología mexicana, al igual que la de los demás países latinoamericanos, es claramente

una “*antropología en un solo país*”, lo que necesariamente tiene implicaciones para el viaje antropológico.

Tiene implicaciones *objetivas*: a pesar de todas las diferenciaciones de clase, de etnia y de región, estudiosos y estudiados son resultados de los mismos procesos históricos de orden económico, político y cultural, están sujetos a los mismos mecanismos de enajenación e ideologización, forman parte, *antes, durante y después* de la etapa del viaje antropológico de un mismo tejido social de carácter estatal-nacional. Y tiene implicaciones *subjetivas*: en términos globales, la socialización específica (la formación escolar preuniversitaria, la de la carrera y la de la misma práctica profesional) tiende a producir la idea de la vigencia de una especie de conocimiento *a priori* de los fenómenos socioculturales, de la realidad todavía por estudiar, a ver a los grupos sociales todavía por conocer a modo de segmentos poblacionales fundamentalmente idénticos de una misma estructura ya conocida, a convertir el proceso de conocimiento de lo nuevo en el mero *re-conocimiento* de algo de suyo ya sabido. El viaje antropológico en un solo país contribuye, pues, a su modo, a suprimir el asombro.

Aparte de otras consideraciones —necesarias para un tratamiento más completo del tema, pero imposibles en el marco del presente ensayo— puede consignarse aquí que quienes hacen antropología “en un solo país”, ofrecen a menudo la impresión de ser

naturalistas del siglo XVIII y del siglo XIX, aunque sus trabajos escritos finales traten solamente de manera periférica de paisajes, plantas y animales y centralmente de seres humanos: es notable su actitud distanciada con respecto a sus "datos", el modo diseccionador con que tratan al "material recopilado" en el llamado "trabajo de campo", fórmula que ni siquiera lingüísticamente confiere presencia a "lo otro", a "los otros". Sólo así es explicable que la estructura habitual de la *exposición* comunicada de los *resultados* de la investigación no parece distinguirse del *procedimiento realmente seguido* a lo largo de la indagación, y que la realidad sociocultural finalmente presentada no parece contener nada que permita la posibilidad de comprenderla como algo que inquieta, interroga; al contrario, lo que se encuentra en la literatura antropológica aparece como *diferencia convertida en material de comprobación* de lo previamente sabido.

No se tiene aquí la intención de formular un alegato a favor de un empirismo trasnochado e irreflexivo, ni de un inductivismo lógicamente absurdo y menos aún, de ciertas tendencias a-racionalistas en la antropología contemporánea. Mas bien se quiere hablar de un redescubrimiento urgente y necesario —en la historia soterrada de nuestra disciplina y en la reflexión sobre el proceso realmente seguido a lo largo de las indagaciones antropológicas, particularmente de la investigación de campo— de la realidad socio-

cultural observada como activa, cuestionante, asombrosa. Y esto precisamente, porque nuestra realidad por estudiar no es realidad a modo de un trozo de materia sin más, porque tenemos que ver con protagonistas de procesos sociales en que nosotros mismos estamos involucrados, con resultados de la actuación de seres humanos, que significan preguntas y respuestas con respecto a los de la nuestra.

Posiblemente, la recuperación del asombro —no idéntico al de viajeros europeos de hace siglos, sino ilustrado precisamente por los avances de una tradición de conocimiento, que, sin embargo, necesita de rectificaciones importantes— en la antropología que se realiza en un sólo país, puede ser un paso significativo para reconocer no solamente con más claridad la participación de ambos, estudiados y estudiosos en los *mismos* procesos, en la estructuración de las *mismas* configuraciones —aunque de modo *diverso*. Puede ser un paso trascendental también para que los objetos de estudio de la antropología, vistos habitualmente sólo como fuentes de información en el proceso de producción de conocimientos antropológicos sean admitidos finalmente como interlocutores sobre sus resultados formulados e incluso como co-productores de éstos.

Esto, sin embargo, implicaría la creación de un nuevo tipo de viaje de los antropólogos, que se asemejaría mucho más al de los soñadores de utopías de todas las épocas y de todas las culturas, que al que los naturalistas

sistematizadores de los dos siglos pasados han imprimido al viaje antropológico hoy tan ampliamente realizado.

## BIBLIOGRAFIA

- BAELEN, Jean, 1973, *Flora Tristan: socialismo y feminismo en el siglo XIX*. Barcelona: Taurus.
- BARTOK, Bela, 1979, *Escritos sobre música popular*. México: Siglo XXI.
- BARRET, Paul, ed., 1977, *The Collected Papers of Charles Darwin*. Vol. 2, Chicago: University of Chicago Press.
- BITTERLI, Urs, 1982, *Los "salvajes" y los "civilizados": el encuentro de Europa y ultramar*. México: Fondo de Cultura Económica.
- BRUUN, GEOFFRY, 1964, *La Europa del siglo XIX: 1815-1914*. México: Fondo de Cultura Económica.
- BÜRGER, Gottfried, 1982, *Las aventuras del Barón de Münchhausen*. Madrid: Alianza.
- BURY, John, 1971, *La idea del progreso*. Madrid: Alianza.
- CARPENTIER, Alejo, 1979, *El arpa y la sombra*. México: Siglo XXI.
- CIPOLLA, Carlo, 1964, *Historia económica de la población mundial*. Buenos Aires: Ed. Universitaria de Buenos Aires.
- COLEMANN, William, 1983, *La biología en el siglo XIX: problemas de forma, función y transformación*. México: Fondo de Cultura Económica.
- COMAS, Juan, 1956, *Historia y bibliografía de los congresos internacionales de ciencias antropológicas: 1865-1954*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- 1962, *Las primeras instrucciones para la investigación antropológica en México*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- DEGERANDO, Joseph-Marie, 1969, *The Observation of Savage People*. Berkeley: University of California Press.
- DESCHAMPS, Hubert, 1971, *Historia de las exploraciones*. Barcelona: Oikos-Tau.
- DUCHET, Michèle, 1975, *Antropología e historia en el siglo de las luces*. México: Siglo XXI.
- EISELEY, Loren, 1978, *El siglo de Darwin*. México: Editores Asociados.
- ENGELS, Federico, 1975, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*.

- rra. México: Eds. de Cultura Popular.
- FIELDHOUSE, David K., 1984, *Los imperios coloniales desde el siglo XVIII*. México: Siglo XXI.
- FORSTER, Georg, 1976, "Cook der Entdecker" (Cook el descubridor). en: G. Forster y G. Chr. Lichtenberg, *Cook der Entdecker*: 5-137. Francfort: Röderberg.
- GARCIA P., L., 1972, *La comuna de París*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- GLANTZ, Margot, 1982, *Viajes en México: crónicas extranjeras*, 2 vols., México: Fondo de Cultura Económica.
- INSTITUTO DE CIENCIAS SOCIALES, 1971, *Manual de campo del antropólogo*. México: Universidad Iberoamericana.
- KANT, Immanuel, 1980, "Anthropologie in pragmatischer Hinsicht" (Antropología desde el punto de vista pragmático). en: I. Kant, *Schriften zur Anthropologie, Geschichtsphilosophie, Politik und Pädagogik*, vol. 2:397-690. Francfort: Suhrkamp (3a. ed.).
- KENDALL, M.G., 1974, "Historia del método estadístico". en: D. Sills, ed., *Enciclopedia internacional de las ciencias sociales*, vol. 4: 404-411. Madrid: Aguilar.
- KROTZ, Esteban, 1977, "El caminar del antropólogo: notas preliminares sobre la relación entre teoría y praxis como problema epistemológico en antropología social". En: *Comunidad* (Ed. Universidad Iberoamericana, México), vol. XII, núm. 61: 360-369.
- 1980, *Utopía*. México: Edicol.
- 1987, "Utopía, asombro, alteridad: consideraciones metateóricas acerca de la investigación antropológica". En: *Estudios sociológicos* (Ed. El Colegio de México), Vol. 5, núm. 14:283-301.
- LABASTIDA, Jaime, 1981, *Humboldt, ese desconocido*. México: SepSeptentas-Diana.
- LAERMANN, Klaus, 1976, "Raumerfahrung und Erfahrungsraum: Einige Überlegungen zu Reiseberichten aus Deutschland vom Ende des 18. Jahrhunderts" (Experiencia del espacio y espacio de la experiencia: algunas reflexiones sobre relatos de viaje de Alemania de fines del siglo XVIII). en: H.J. Piechotta, ed., *Reise und Utopie*: 57-97, Francfort: Suhrkamp.
- LEVI-STRAUSS, Claude, 1975, "Las tres fuentes de la reflexión etnológica". en: J.R. Llobera, comp.,

- La antropología como ciencia*: 15-23. Barcelona: Anagrama.
- MIELI, Aldo, 1955, *El siglo del iluminismo*. Buenos Aires: Espasa-Calpe.
- MOLTMANN, Günter, Ed., 1979, *Aufbruch nach Amerika: Friedrich List und die Auswanderung aus Baden und Württemberg 1816/17* (Salida hacia América: Friedrich List y la emigración de Baden y Württemberg 1816-1817). Tübinga: Wunderlich.
- MOMMSEN, Wolfgang, 1971, *La época del imperialismo: Europa 1885-1918*. México: Siglo XXI.
- MOONEY, James, 1965, *The Ghost-Dance Religion and the Sioux Outbreak of 1890*. Chicago: University of Chicago Press.
- MORENO, Marco, 1986, *Odisea 1874 o el primer viaje internacional de científicos mexicanos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- MORO, Tomás, 1973, "Utopía". en: T. Moro y otros, *Utopías del renacimiento*: 37-140. México: Fondo de Cultura Económica.
- OETTERMANN, Stephan, 1982, *Die Schaulust am Elefanten: Elephantographia curiosa* (El deleite de mirar al elefante: una elefantografía curiosa). Francfort: Syndikat.
- OWEN, Roger y Bob SUTCLIFFE, comps., 1978, *Estudios sobre la teoría del imperialismo*. México: Era.
- PALERM, Angel, 1974, *Historia de la etnología: los precursores*. México: Sepinah.
- 1976, *Historia de la etnología: los evolucionistas*. México: Sepinah.
- 1980, *Antropología y marxismo*. México: Nueva Imagen.
- PIECHOTTA, Hans Joachim, comp., 1976, *Reise und Utopie: zur Literatur der Spätaufklärung* (Viaje y utopía: sobre la literatura de la ilustración tardía). Francfort: Suhrkamp.
- PIERRE-CHARLES, Gérard, 1985, *El pensamiento sociopolítico moderno en el Caribe*. México: Fondo de Cultura Económica.
- PINEL, Philippe y Jean ITARD, 1978, *El salvaje del Aveyron: psiquiatría y pedagogía en el Iluminismo tardío*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- PUIG-SAMPER, Miguel Angel y otros, 1984, "Un manuscrito antropológico del siglo XIX". en: R. Ramos y R.M. Ramos, eds., *Estudios de antropología biológica*: 571-588. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

- RATZEL, Friedrich, 1940, *Erdenmacht und Völkerschicksal: eine Auswahl aus seinen Werken* (Poder terrenal y destino de los pueblos: una selección de sus obras). Stuttgart: Kröner.
- RENAN, Ernest, 1972, *La reforma intelectual y moral*. Barcelona: Península.
- SCHULTZ, Uwe, 1971, *Kant*. Barcelona: Labor.
- TODOROV, Tzvetan, 1987, *La conquistista de América*. México: Siglo XXI.
- TOUSSAINT, August, 1984, *Historia del Océano Pacífico*. México: Fondo de Cultura Económica.
- VOLTAIRE, 1959, *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones y sobre los principales hechos de la historia desde Carlomagno hasta Luis XIII*. Buenos Aires: Hachette.
- 1972, "Cándido". En: Voltaire, *Cándido y otros textos*: 29-121. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- VEGETTI, Mario, 1981, *Los orígenes de la racionalidad científica: el escalpelo y la pluma*. Barcelona: Península.
- VON MENTZ, Brígida y otros, 1982, *Los pioneros del imperialismo alemán en México*. México: Casa chata.
- WILLIAMS, Raymond, 1960, *Culture and Society: 1780-1950*. Garden City: Doubleday.
- WILSON, Bryan, 1970, *Sociología de las sectas religiosas*. Madrid: Guadarrama.
- XIRAU, Ramón, comp., 1973, *Idea y querrela de la Nueva España*. Madrid: Alianza.